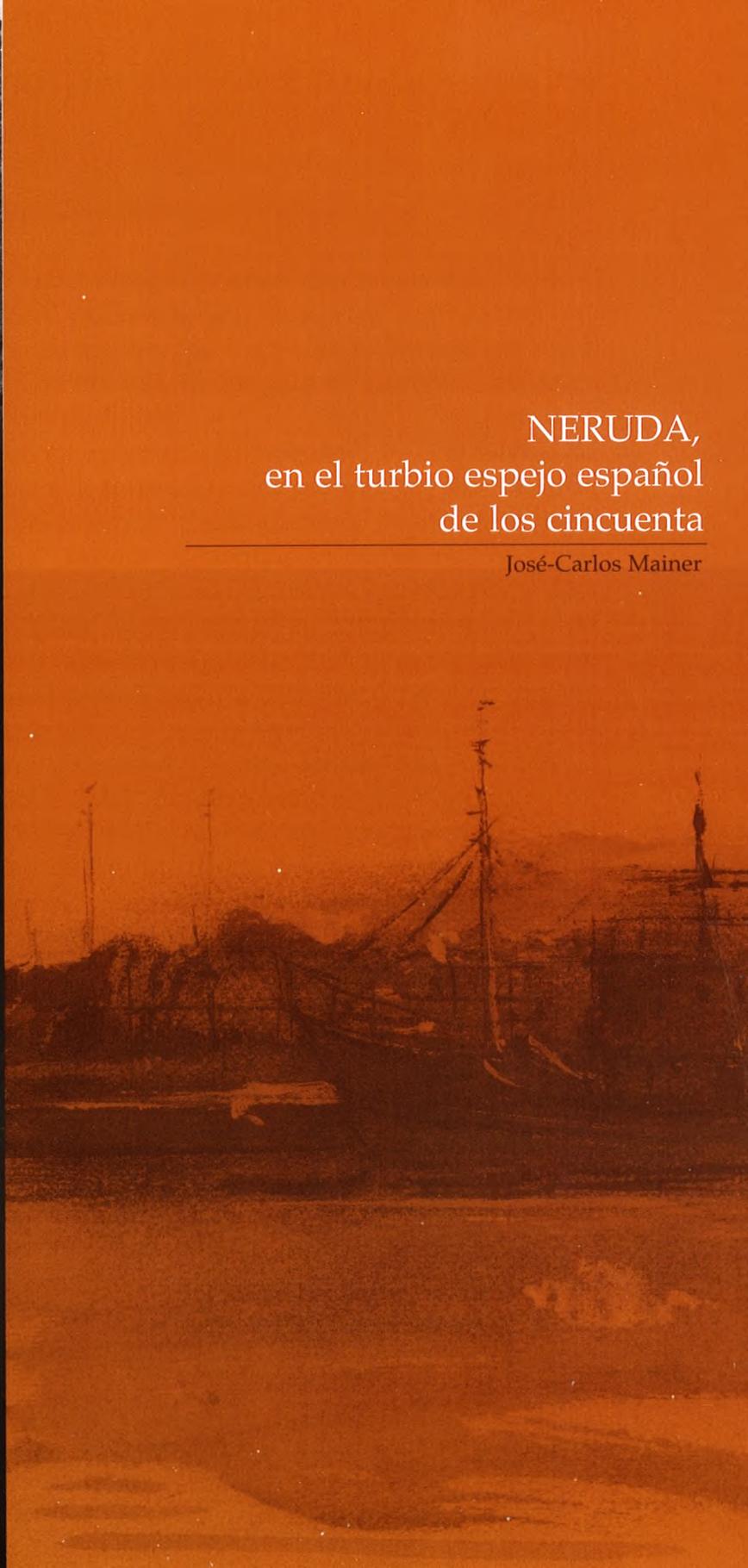




NERUDA,
en el turbio espejo español
de los cincuenta

José-Carlos Mainer



NUEVOS PASOS DE UN VIEJO PLEITO

A la altura de 1950 habían quedado muy lejos los años de fiebre y combate de 1930. ¿Atrás, digo? Quizá también muy cerca, pero en una cercanía que era, a la vez, una distancia astral y que, en todo caso, separaba de nosotros un hondo valle de tumbas, una niebla de arrepentimientos y un cercado de injurias y abominaciones.

Muchas cosas seguían presentes, sin embargo, en una suerte de sorda continuidad... Juan Ramón Jiménez nunca perdonó a Pablo Neruda aquel editorial de *Caballo Verde para la Poesía* (octubre de 1935), titulado "Sobre una poesía sin pureza", porque lo entendió –y no sin motivo– como una requisitoria contra su idea de la lírica. Durante la guerra civil y después, también Juan Ramón había hecho patente su compromiso personal con la España leal y desde América fue fraguando una hermosa imagen de lo español y de lo americano conjuntada en lo que llamó "el siglo modernista" y de la que quiso dar fe de vida en el proyecto *Alerta*. A este importante momento correspondió su artículo "Crisis del espíritu en la poesía española contemporánea (1899-1936)" donde retomó su vieja discusión con el poeta chileno: "Neruda es, aun en sus mejores aciertos profusos, un viajante sin idioma, un traductor distendido de idiomas mayores poéticos. Por eso las mezclas de Neruda, rica imaginación realista, expresión aproximada y vacilante, serán más seguidas en su América nueva que en nuestra España milenaria". Y se lo repitió, a mayor abundamiento, en la carta de enero de 1942 que dio a la luz en la revista costarricense *Repertorio Americano*: "Es evidente ahora para mí que usted espresa con tanteo exuberante una poesía hispanoamericana jeneral auténtica, con toda la revolución natural y la metamorfosis de vida y muerte de este continente. Yo deploro que tal grado poético de una parte considerable de Hispanoamérica sea así; no lo sé sentir. Como usted, según ha dicho, no sabe sentir Europa; pero "es". Y el amontonamiento caótico es anterior al necesario despejo definitivo, lo prehistórico a lo poshistórico, la sombra cerrada y turbulenta a la abierta luz mejor. Usted es anterior, prehistórico y turbulento, cerrado y sombrío".

Pero Neruda siguió siendo fiel a sí mismo y al recuerdo de España. En 1947 publicó *Tercera residencia*, un nuevo libro de versos cuyo centro gravitatorio es, sin duda, la sección IV, "España en el corazón (himno a las glorias del pueblo en guerra)". Lo mucho que hemos repetido y contrahecho

ese título no ha llegado a desactivarlo de todo. Ni puede haber lector que pase de largo por un margen donde reza “Explico algunas cosas” y en cuyo cuerpo de versos se nos apostrofa:

Preguntaréis: Y dónde están las lilas?
Y la metafísica cubierta de amapolas?
Y la lluvia que a menudo golpeaba
sus palabras llenándolas
de agujeros y de pájaros?

Hasta llegar adonde el poeta se reitera en un eco del primer aserto, “Os voy a contar todo lo que me pasa”, que pronto cede plaza al exorcismo sencillo y conmovedor. Casi toda la poesía es exorcismo de la memoria y, por ende, la competencia en este terreno es difícil, pero estos versos de Neruda han logrado que todos seamos por un momento habitantes de “un barrio de Madrid, con campanas, / con relojes, con árboles”, de “mi barrio de Argüelles, con su estatua, / como un tintero pálido entre las merluzas”, y que podamos repetir que “mi casa era llamada / la casa de las flores, porque por todas partes / estallaban geranios”. Aquellos versos nuevos no pasaron inadvertidos para nadie y menos para un sagaz filólogo español en el exilio argentino, Amado Alonso, quien ya en 1940 había escrito su madrugador volumen *Poesía y estilo de Pablo Neruda (Interpretación de una poesía hermética)*, editado en prensas bonaerenses. En 1948, con oportunidad de la segunda edición, añadió unas páginas sobre *Tercera residencia*. Y tanto el poema de Neruda como el libro del crítico llegaron a la mesa de trabajo de un catedrático español, todavía joven, que había conocido a Unamuno y frecuentaba la amistad de su yerno, José María Quiroga Pla, por entonces exiliado en Suiza: Francisco Ynduráin. El profesor de Zaragoza advirtió que -en la sección de “España en el corazón” titulada “Cómo era España”- la emoción del recuerdo se despeñaba en forma de cascada viva de topónimos, “Huélamo, Carrascosa, Alpedrete, Buitrago, Placencia, Arganda, Galve, Galapagar, Villalba...”, hasta cubrir varias páginas de texto. Y recordó que un par de romances de Unamuno, que formaban parte de su *Cancionero*, y que se dieron a conocer en un número de la revista *Los Cuatro Vientos*, publicado en 1933, se usaba, aunque con otro propósito, el mismo recurso retórico. Las reflexiones de Ynduráin al propósito se consignaron en un estupendo artículo que se publicó en la revis-

ta ovetense *Archivum*, con motivo de un homenaje a Amado Alonso, en 1952: de ese modo, un crítico y docente que ejercía en la España de los años oscuros unió los nombres de Unamuno, Neruda, una revista de los años treinta y una eminente figura intelectual del exilio.

LA CASA ABANDONADA Y LA CASA ENCENDIDA

¿Leyeron *Tercera residencia* muchos españoles más? ¿La leyó Luis Rosales, que publicó en 1949 *La casa encendida*? No lo sé, aunque es evidente que se habían conocido antes de la guerra y que la elocución del granadino tiene algo del júbilo acumulativo del Neruda de “España en el corazón”. Es también un poema unitario y de desarrollo narrativo, a medias entre el recuerdo y la confirmación en una creencia, aunque la fe lo sea aquí en la resurrección de la carne y el valor del espíritu, mientras que la fe de Neruda es de naturaleza política y social: una solidaridad de los hombres que tiene poco que ver con la comunión de los santos. Pero una y otra obras –que son dos grandísimos poemas– usan de la misma emoción, de la misma inmediatez plástica del recuerdo y de la misma disposición de *disiecta membra* propulsada por la añoranza. Aunque no se parezcan en nada, salvo en la vivencia central de un domicilio. La casa de la calle Altamirano, 34, donde vivía Luis Rosales, y la de Rodríguez de San Pedro con Hilarión Eslava, donde habitó Neruda, son antagónicas (¡aunque apenas disten un centenar de metros!): la una comparece como el recuerdo de un despojo; la otra, como refugio del hombre que sólo quiere saber de sí mismo y de los fantasmas benévolos que convoca en su vivienda. Una es el mecanismo que pone en marcha el juicio moral de la guerra civil; la otra, encierra la biografía de una debilidad que busca reasegurarse en el sereno que dice “Buenas noches, don Luis” (mientras “sigue cayendo lo que era Europa, lo que era mío”), en la visita espectral del difunto Juan Panero (“Hola, Luis, ¿cómo estás?”), en el encuentro con María, la amada y destinataria de todo el poema, y en el momento más admirable, en el recuerdo de los padres y de aquella Granada de los días de Corpus, que le llega con la memoria de una criada, Pepa Pepona.

Había leído “España en el corazón” –seguro que de muy otro modo– Gabriel Celaya, que publicó *Las cartas boca arriba* en ese mismo año de 1949. Es un libro que se propone activar la comunicación de los hombres y por eso habla con facundia irreprimible a pintores, escritores, amigos

varios e incluso a un obrero de la fábrica familiar, aquel Andrés Bastera que se quita la boina y le tiende la mano “rara, floja, asustada”, sin la virtud tranquilizadora que manan la amabilidad del sereno o la alegría de la chacha. No es muy clemente Celaya con los poetas –Carlos Edmundo de Ory o Miguel Labordeta- que han buscado en la fantasía vanguardista una trinchera contra la mediocridad. Y tampoco lo es con el P.N. (Pablo Neruda, por supuesto; las iniciales son una inevitable servidumbre de la fecha de 1949) que conoció en Madrid antes de 1936: le reprocha su pasado surrealista, el de *Residencia en la tierra*, cuando “Fluías torpemente, / pasivo, indiferente, cansado como el mundo, / sin un yo, desarmado”. Pero ahora, cuando “Te escribo desde un puerto / la mar salvaje llora”, sabe que

hoy vuelves; proclamas,
constructor, la alegría;
te desprendes del caos, determinas tus actos
con voluntad terrena y aliento floral, joven.
Ni más ni menos que hombre, levantas tu estatura.

Ya no puede ser tiempo de autocomplacencias, ni las que procura la belleza inmarcesible, ni siquiera las que vienen de la belleza espantosa. En la “carta boca arriba” que Celaya escribe a su heterónimo Juan de Leceta amputa todo posible goce consolatorio de la poesía:

¿Quién dijo belleza? ¿Quién dijo medida?
¿Quién dijo soneto? ¿Quién dijo perfecto?
Miro a los ancianos, pudorosos y secos,
malignos, remotos, que con ironía,
duran porque dura su niño secreto
y enseñan la magia, no la Preceptiva.

UN CANTO GENERAL Y UN CANTO PERSONAL

En 1950, Neruda publicó en México (hubo otra edición clandestina en Chile) *Canto general*, un proyecto que venía gestando desde 1942 y que vino a ser una suerte de enciclopedia americana que va de la mineralogía a la historia, pero que tiene en su centro el orgullo de ser americano, como sentido último de lo que, en puridad, quizá sea una autobiografía. Todo

cabe en ese Amazonas épico-lírico, incluidos los errores que Juan Ramón Jiménez había señalado. Y Neruda lo sabe. El apartado “Los poetas celestes” figura en el círculo dedicado a los enemigos que están convocados en la sección V del *Canto general*, “La arena traicionada”. Y el Alighieri de aquella *Comedia* americana increpa a quienes están en contra de su poética:

¿Qué hicisteis vosotros, gidistas,
intelectualistas, rilkistas
misterizantes, falsos brujos
existenciales, amapolas
surrealistas encendidas
en una tumba, europeizados
cadáveres de una moda,
pálidas lombrices del queso
capitalista, qué hicisteis
ante el reinado de la angustia?

España está muy presente, por supuesto, en todo el libro. De entrada, es parte fundamental de su pleito histórico al presentar a los conquistadores desde las pautas del indigenismo. Pero también España se integra en el lado luminoso: allí están “los nuevos héroes, los que en España luchan, mueren, / Modesto, Lister, Pasionaria, Lorca”, que “son hijos de los héroes de América, son hermanos / de Bolívar, de O’Higgins, de San Martín, de Prestes”. La segunda de las epístolas a poetas amigos que recoge “Los ríos del canto” se endereza a Rafael Alberti y la V, a Miguel Hernández, “asesinado en los presidios de España”... Allí es donde Neruda increpa nuevamente a los traidores:

Que sepan los malditos que hoy incluyen tu nombre
en sus libros, los Dámasos, los Gerardos, los hijos
de perra, silenciosos cómplices del verdugo
que no será borrado tu martirio...

La respuesta vino del principal implicado en “la caterva infiel de los Panero”, el mismo Leopoldo Panero. El poeta de Astorga admiraba a Neruda y, sobre todo, a Vallejo; creía en el hispanoamericanismo del

Instituto de Cultura Hispánica, que tenía no poco de obra suya, y también creía que la generosidad de Falange bastaba para integrar armoniosamente una España y una América reconciliadas consigo mismas. Puede resultar-nos irritante o patético, o quizá las dos cosas, pero su sorpresa herida era mayor que su indignación a la hora de escribir su respuesta. Y ni siquiera la indignación alteraba los principios de quien pensaba que aquellos libros de 1949 (su *Escrito a cada instante*, pero también *La casa encendida*) erigían una poética a la altura de las circunstancias históricas y convocaban a todos en su mensaje de fe y piedad: lo mejor de Panero no se perdió del todo en su respuesta. Porque esa buena fe sorprendida es lo que respira su *Canto personal. Carta perdida a Pablo Neruda*, que se publicó en 1953 con prólogo de Dionisio Ridruejo, quien, a su vez, manifiesta que “asocio a la firma de este prólogo los nombres de Luis Rosales y Luis Felipe Vivanco, de quienes hay en él no pocas ideas y expresiones”: lo que convierte el libro en un testimonio generacional.

Es muy fácil tomar uno de los lugares más significativos del (mal llamado) “grupo de falangistas liberales” por un filón de citas perversas, desde el prólogo al colofón (que también se las trae, por cierto...). Y es que los tercetos encadenados del libro de Panero empiezan por negar cualquier posibilidad de poética social. No hay sino “canto personal”, como reza su título, ya que,

Toda la poesía, toda esa
Que la llaman social, ningún obrero
La convive en sudor de mano impresa.
Ni un átomo le llega en verdadero
Eco de corazón que se derriba:
Su canto general es el jilguero.

Pero también Panero se niega a endosar cualquier acusación como las formuladas por Neruda. Si la guerra española fue civil, hubo víctimas en las dos partes y nadie puede negar a Panero títulos de propiedad emocional sobre todos los muertos (además del orgullo que siente por los propios):

Una guerra es un íntimo combate
Y no una voluntad a sangre fría:
Donde cae Federico, el agua late;
 Donde cayó un millón, la tierra es mía.
Unos caen, otros quedan, nadie dura;
Y tan sólo el Alcázar no caía.

¿Y cómo renunciar a Hispanoamérica, en tanto el escritor es español? Leopoldo Panero, como Neruda, también inscribe su biografía en el poema (“Nací en Astorga, el nuevecientos nueve...”) y no oculta sus poderes para vindicar lo americano como cosa propia. Él fue suscriptor de la edición madrileña de los *Tres cantos materiales* que vio la luz antes de la guerra y también, nos recuerda, “canté a Vallejo, indocristiano viejo (...) Comunista en dolor” ... Y evoca a Rubén Darío, que es padre común de todos los poetas de la lengua, e incluso celebra el recuerdo de José Martí en unos versos increíbles:

De Martí a José Antonio hay línea llana:
La línea del dolor que a España une
Con su historia estelar y cotidiana (...)
 Mi voz se empapa dolorosamente
De Martí a José Antonio (...)

Pero quizá no sea piadoso proseguir las citas, más allá de ésta... Panero, tan vulnerable y tan irritable, tan intratable a veces y tan cándido siempre, tan inútil para lo esencial como vanidoso en lo innecesario, debió saber tiempo después que había hecho el tonto, al publicar el *Canto personal* y que la suya fue una apuesta en la que se jugó (y perdió) buena parte de su futuro como poeta. Su hijo Juan Luis Panero tuvo algo de masoquismo de buen hidalgo español al rescatar, en la meritísima edición de las *Obras completas*, un poema inédito, “Por lo visto”, donde su padre anotó la sospecha y la protesta inútiles:

Resulta que ahora soy fascista cuando dirijo la primavera
suavemente.

Resulta que mis huesos,
mis reales y realísimos huesos
(los pobres) han cambiado medularmente de política.
Resulta que Machado
(don Antonio)
es un fino marxistaleninista
en la palabra cartesiana
(digamos)
de José María Castellet.
(...) Resulta, sí,
resulta tonto.

Pero, nuestro Pablo Neruda, tan festejado, tan internacional y tan americano, tan observante de la liturgia del Partido como leal oficiante de sí mismo, ¿supo también quién era y cuál era la apuesta falsa de su vida? Prefiero dejar la respuesta a un poeta español de hoy, Felipe Benítez Reyes, que ha sabido tramar un epitafio postmoderno de un Neruda, distante y cercano (“usted”), “trivial y portentoso” (“Sonámbulo del mar, capitán verde”, 1998):

Usted que, en el sueño agitado de la Historia, vio brillar
El español acero ensangrentado (...)
Usted, Neruda,
El de la voz salmódica y cansina
Como una bola de pegamento que rodase
Por la arena caliente de un desierto infinito
Y el de la voz alegre de cigarra;
Usted, el urgente druida,
El veloz alfarero, el agua rápida,
Pues era su fluir el del torrente
Trivial y portentoso (...)